

## El Trigésimo Aniversario de la U. P. B.

Por José Luis López

Debo y quiero expresar algunas palabras a propósito del trigésimo aniversario de la Universidad Pontificia Bolivariana. Con gran deseo hubiera querido ser oyente conmovido y silencioso en esta ocasión solemne, pero el mandato del Consejo Directivo me ha constituido su vocero, en amable orden perentoria, igualmente obligante para mi disciplina y para mi reconocimiento. Por cierto que no será la mía una oración didáctica, sino una charla sencilla más propicia para comer pan a manteles y con los amigos fablare.

Así es como se reúne ahora la familia Bolivariana —los presentes y los ausentes— unida toda ella en verdad y en espíritu, bajo las miradas complacientes y complacidas de Dios y de la patria, para conmemorar la fausta efemérides, en “un momento palpitante de una amorosa intensidad”. Porque después de las plagas adversas; y de sufrir hambre y sed de justicia, y de cruzar el mar rojo de los faraones de corazón endurecido, y de comer panes ácidos y lechugas amargas, y de marchar al paso de los corderos recién nacidos, sin añorar las viandas de Egipto, pero saboreando el agua de la roca, vamos llegando felizmente a los alegres collados donde mana leche y miel el jugoso país de Canaán. Cuando sembré rosales, coseché siempre rosas, cantó un poeta; y agregó otro que es sabio coger las rosas sin clavarse las espinas.

Resulta entonces equitativo darle una pausa al fragoso itinerario y musitar el **Te Deum Laudamus** en un triple enfoque de amalgamación solidaria. Para otear el ayer lleno de mística y de lucha; para observar el hoy cargado de orden y de dinamismo; y para entrever el mañana saturado de triunfo y de esperanza. Como si actuara el dedo de Dios, pocas veces se había visto en otra empresa de contenido cultural y espiritual semejante elevación de miras; igual coordinación en el esfuerzo constante y sucesivo; superior afinidad básica en los intentos y en los fines; mayor perseverancia tesonera en las realizaciones. **Bonum est integra causa.**

Levantemos el corazón y evoquemos emocionados la memoria de nuestros claros varones. El Arzobispo Tiberio de Jesús Salazar y Herrera, **Minister Dei in bonum**, que conocía la parábola del grano de mostaza y sabía que en el interior de la semilla diminuta se agita la

frondosidad de las selvas seculares. Y Manuel José Sierra, moreno y cenceño, sacerdote magno, edición humana del carácter; la ruina del orbe no habría sido parte a hacerle mudar sus propósitos; producto marginal de esas vegas girardoteñas, apasionadas, ardorosas y altivas, de poderosa fuerza telúrica, donde tuvo su imperio y fue su cuna, y donde prospera exuberante la *saccarum officinarum*, la gramínea esbelta que nos da con prodigalidad el dulce de macho, mantenedor de la especie, y el agardiente de caña, de burbujas centelleantes parecidas a las pupilas que alegraban el corazón de aquel hombre, atleta del pensamiento, cruzado del ideal, armado caballero con un puñado de fe para la muerte y un puñado de amor para la vida.

Prendamos asimismo una lámpara votiva en la tumba ignota y libre del soldado desconocido, del empleado humilde, parte vital de la gran comunidad universitaria, el operario modesto y recóndito que teje la luz y la armonía con hilos de oscuridad y de silencio, como labra el gusano de seda su capullo y el acucioso pájaro su nido. De un modo similar, con las arenas del desierto se edificaron las pirámides; con el retiro lento e imperceptible de las aguas se consolidó la Atlántida; con las plegarias y los sacrificios de los justos se forma la comunión de los santos.

Las sagradas letras les enseñaron a todos ellos a reconocer que su obra era buena. Y el orador de Gettysburg nos cede su verbo iluminado para afirmar que no vivieron ni murieron en vano.

Algún pensador anota que es fácil alabar a los muertos porque están tendidos y no pueden hacer sombra. Pero en medio de nosotros hay uno a quien todos conocemos y que es vivo en las varias acepciones del vocablo. El también merece un homenaje de respeto y simpatía con nuestros vítores y aplausos, porque quien se humilla será ensalzado. Allí en el cercano oriente, a la sombra de unos verdes pinos, correr los años de su infancia vió; monacillo retozón, de sobrepepliz cándida, cataba sigilosa y reiteradamente el mejor mosto de las vinajeras; en igual forma, vendía cera y no tenía colmenar; como era niño y hablaba como niño, apenas balbucía que el que trabaja en los altares se debe sostener de los altares; luego, aprendió el abecé al socaire de la escuela rural, “embriagado por el vaho de los húmedos apriscos y arrullado por murmullos de mansísimo rumiar”; bachiller en artes y decorado; doctor en ambos derechos; conductor ambidextro él mismo, en la Gregoriana de Roma vivía de raíces griegas; en el Areópago de Atenas, de derivados latinoamericanos; profesor de filosofía, con el de Aquino asciende a angélicas alturas; teólogo preconciar, conoce el pecado venial por referencias; sus pláticas son hermanas de Blanca Nieves y de Caperucita; como Pablo, su maestro y su modelo, solo sabe una cosa que es Cristo, y éste crucificado; precursor del **aggiornamento** y del diálogo, su antena de muchas bandas, recibe las longitudes de todas las ondas; psicólogo perspicaz y buen samaritano del espíritu, lee en los ojos de los que encuentra a la vera del camino, y los alienta y estimula; pedagogo sin presunción, realiza la más espontánea fusión humana dentro de una cordial camaradería jerárquica; artífice genial de la autoridad vivida y no sentida, **miris sed veris modis**; los grandes planes y problemas académicos, administrativos, económicos, los

madura entre ceja y ceja; con todas sus facultades se pasea por las idem, endomingado y compuesto, de museta enhiesta, y cubierto con un amplio manteo, de pliegues cardenalicios, "que envidia fuera al múrce de Tiro"; heredero universal de Sierra, cierra con broche de oro y de mano maestra toda discusión; se pronuncia en varias lenguas, unas vivas, otras muertas y otras graves, que tenían muerta el alma.

"Yo también como tú fuí inocente,  
yo también en mi cuna dormí,  
y también en mi pálida frente  
de una madre los besos sentí".

Nos cumple otrosí destacar la figura eminente de Monseñor Félix Henao Botero, quien, en veinticinco años de rectorado magnánimo, magnífico, munífico y mirífico, ha integrado y estructurado vertical y horizontalmente la institución que en buena hora se le confiara y él rige con la donosura y el singular acierto que le comunica Aquel Ser, principio y fin de todas las cosas, tesoro de la sabiduría y de la ciencia, en quien nos movemos y somos, el mismo que lo asiste a ojos vistas. Fuera de que, en las noches largas y amargas de la tribulación y de la prueba, lo ha fortalecido María, de la cual nació Jesús, la Reina de los Apóstoles, Nuestra Señora del Santísimo Sacramento, **Sedes Sapientiae**. El aguerrido Capitán, nuestro Capitán, se identifica con el Alpha y la Omega, blasón de la heráldica bolivariana. En el crepúsculo vespertino, en la hora del pensar profundo, cuando resplandece el sol de los venados porque el día ya declina y porque se vislumbra el conatinio, con los caballeros de Emaús, sintiendo que arde nuestro corazón, digámosle: **Mane Nobiscum Domine**.

De paso, y arrimándonos una vez más al estilista incomparable, como los marinos de Inglaterra, detengamos los navíos y hagamos resonar las soledades del mar de la India saludando a Javier (Naranja Villegas, Presbítero) con los honores de Almirante.

De la misma manera y con hondo regocijo celebramos la compañía de varios profesores y alumnos fundadores. Los primeros, abnegados hortelanos de la mente, de asiduidad ejemplar, continúan inclinados sobre el surco y erguidos sobre el mérito, en ese inmenso territorio labrantío en el cual no se pone el sol, en ese reino que no tiene fin, como no puede tenerlo el ansia de conocimientos. Los segundos manifiestan, en su madurez intelectual espléndida, que estuvieron del monte en la ladera, donde personajes esclarecidos plantaron por sus manos un huerto que con la primavera, de bella flor cubierto, ya muestra el fruto cierto. El día señalado y en la hora decisiva, con igual fervor acudieron a la cita, el de saber sediento y el harto de saber.

Reconfortados con estos gratos recuerdos, formulamos votos al cielo por el futuro de la Bolivariana. Para que su pasado responda de su porvenir. Para que ella sea almáciga de la virtud, oráculo de lo verdadero, de lo bueno y de lo bello, baluarte de la fe que es el mayor patrimonio moral de la república, urna de los derechos individuales, los que caracterizan, acentúan y reflejan la dignidad de la persona humana, fuente de justicia, de concordia y de caridad entre los diversos estamentos sociales, centro de investigación científica, nodriza de diri-

gentes y de profesionales aptos y honrados en todos los campos del arte, de la técnica y de la cultura, que sean al propio tiempo, como lo quiere el Segundo Concilio Vaticano, testigos de la fe en el mundo, faro de irradiación saludable en la vida colectiva para fomentar la divulgación y el progreso de la educación, arca de la alianza sobre el caos luctuoso que enceguece más bien que ilumina a algunos sectores desalumbrados de la juventud, espejo ustorio de la conciencia cívica y casa solariega de la libertad.

Señores directores, profesores, alumnos y empleados de la Universidad. Con el bardo del norte entonemos el **Excelsior** y con el vate santanderiano proclamemos que la sombra de Bolívar va con nosotros y que en alto llevamos el pabellón de Cristo.

Bolivariana, envuelto en tu bandera  
quiero hacer la jornada postrimera,  
expiatoria y marcial.  
Quiero que vibre tu clarín de guerra  
cuando el beso silente de la tierra,  
sordo a toda voz,  
rompa mi frágil y mortal cadena  
para llevarme a la mansión serena  
y eterna de Dios.